sen y no voló.

—Tiene rotas las alas, gritaba el Cuco, está lastimada por eso no vuela.

—¡Calla! esclamó una voz, la llevan con el Virey.

—¡Como no lo hechice!

—Le va á ser mal de ojo.

—Estas brujas son malas, decia otro; y en esto la multitud afluia por los corredores y amenazaba invadir los salones, y se hizo preciso que la fuerza armada se escalonara y cerrara el paso á la plebe, que no dándose por vencida esperó impasible el fin de la escena.

Sabemos de buena letra que aquella gente estuvo todo el dia en los pátios de Palacio esperando la salida de la bruja.

En la tarde al disolverse los últimos grupos, se consolaban con asegurar que la bruja habia volado á pesar de no tener alas, y otros aseguraban que se habia quedado á vivir en Palacio.

CAPITULO III.

AISLAMIENTO.

Dolores, mas muerta que viva, fué conducida á la presencia del Virey, quien se indignó sobremanera al ver el estado de la pobre vieja.

—¿Qué han hecho con esta infeliz? preguntó al Alcalde.

—Vino amarrada al *andante*, con perdon de Vuesencia.

—Pero esta muger está privada de sentido.

—Se hace la muerta, Exelentísimo Señor.

Doña Dolores estaba, en efecto, sin conocimiento; las fuertes ligaduras y la postura en que la habian obligado á caminar desde Tacuba habianle ocacionado una congestion cerebral. Estaba amoratada, laxa y casi espirante.

CAPILLA ALFONSINA

El Conde sin cuidarse mas de las sandeces del Alcalde, dió sus órdenes para que se asistiese á aquella muger inmediatamente y se la colocase en una cama, en una vivienda de Palacio.

—¿Por qué ataron tan fuerte á la vieja? preguntó el Oidor al Alcalde mientras el Virey daba sus órdenes.

—Vea Usia, Señor, estas brujas son malas y no faltó alguacil esperimentado que asegurara que podia volar, y por si ó por no....como era reo del Exelentísimo Señor Virey, dije ....esto es....dije yo, como soy la justicia, á mí no se me vá, y dije á los muchachos que apretaran, y por medio de mi autoridad.....

—Bien hombre, está bien, dijo el Oidor. Pero al fin era una muger indefensa.

—¡Quiá! no, Señor usia ¡qué indefensa! si arañó á dos alguaciles que temo se me enfermen de las resultas.

Volvió el Virey y dispuso que el Alcalde quedara detenido hasta aclarar el hecho.

Retirose el Oidor, y el Conde y el Licenciado Verdad se ocuparon en seguida de otros asuntos.

El Licenciado Don Francisco Primo de Verdad y Ramos fué amigo íntimo y secretario privado del Virey, quien haciendo justicia á los talentos é ilustracion de este abogado distinguido, los utilizó en la grande obra de organizacion á que se dedicó Revillagigedo con tan buen éxito, haciendose por esta causa acreedor á la estimacion general de criollos y peninsulares.

Restablecida Doña Dolores en la misma tarde de ese dia, pudo informar al Virey, en presencia del Licenciado Verdad, de todo lo ocurrido con Margarita y Quintero.

Los nombres de Quintero, Blanco y Aldama volvieron á sonar en los oidos del Licenciado, quien tomando el hilo de los acontecimientos puso al tanto al Virey de la situacion de Don Manuel de la Rosa y de la parte que estos tres pillos tenian, asi en el ruina de Don Manuel como en la suerte de Margarita y hasta en las desgracias de Doña Dolores.

Revillagigedo corroboró en esta vez los informes que ya tenía con respecto á la relajacion de costumbres en la metrópoli, de la afluencia de gente vagabunda y viciosa, de las reuniones crapulosas de españoles corrompidos y aventureros, y de ser, en fin, la Capital de México una sentina de vicios y maldades de todo género.

Notó desde luego el ilustrado Conde la falta absoluta de policía, sin la cual no se podia poner término ni correctivo á tantos males inveterados, pues todos los crimenes pasaban desapercibidos para la justicia: ningun freno ni providencia preventiva evitaba aquellos males.

El desorden que reinaba en el Tribunal de la Acordada con respeto á los procedimientos judiciales, escandalizaba al Conde, pues cada empleado de justicia ejercia atribuciones diversas segun una práctica viciosa y arbitraria.

—Es necesario trabajar mucho, Señor Licenciado, decia el Virey para llevar acabo la grande obra de reorganizacion. No se concibe como mis antecesores han podido vivir representando el Gobierno de Su Magestad, enmedio del total desorden en la Administracion y sin promover las mejoras que exije la categoria de esta hermosa Ciudad, ya que tampoco se han cuidado de las gravísimas atenciones de las Provincias.

Revillagigedo, infatigable en el trabajo, dictó sus prime-

ras medidas para el establecimiento de la policía de seguguridad; y á los primeros agentes provicionalmente nombrados fué encargada la vigilancia de muchos individuos conocidos por la depravacion de sus costumbres.

En la lista de nombres que recibieron los agentes estaban marcados con una cruz al margen los de Aldama, Quintero y Blanco.

Estos policías fueron primeramente espias privados del Virey, asi es que por la primera vez en México habia en las reuniones y en los parajes públicos un hombre con la comision secreta de informar á las autoridades de lo que pasaba.

Por lo que respecta á Margarita, volveremos con el curioso lector al punto en que la dejamos; quiere decir al momento en que una puerta se cerró tras ella.

Margarita al volver de su estupor quizo reconocer el lugar donde se encontraba, pero por todas partes la rodeaban las tinieblas.

Permaneció de pié por algun rato, no atreviéndose á hacer ruido y sin acertar con el partido que debia tomar.

A poco rato apareció una muger con una vela de sebo en la mano y murmuró:

—Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar. Ave María Purísima.

Margarita sorprendida, acertó apenas á dar la respuesta, murmurando tambien algunas frases.

—Sobre esta caja puede su merced sentarse, continuó la muger.

Margarita se sentó maquinalmente. Se encontraba en un cuarto húmedo y súcio en donde habia una tarima que ser-

via de cama, una gran caja de madera sobre la que se habia sentado Margarita y algunos trastos asquerosos.

—La muger que trajo la luz se sentó en el suelo.

—¿Puede usted decirme, buena muger, en qué lugar me encuentro?

—Yo no puedo decir á su merced sino que está en el barrio de los Angeles; que por lo demas, yo no sé los negocios en que se meten los señores. Mi compadre me dijo: "Ahí tienes eso y cuidado con la lengua." Y ya puede figurarse su merced, que á mí no me toca decir esta boca es mia; que en siendo una callada no le pesa, por que tarde ó temprano todo se sabe.

—¿Y puedo al menos saber quién es el compadre de usted?

—En cuanto á eso, si su merced lo ignora, mi compadre tendrá sus razones y no seré yo la que diga su nombre, que en esas cosas no quiero meterme.

Margarita no pudo sacar nada en limpio por mas preguntas que hizo á aquella muger y tomó al fin el partido de callar y esperar resignada.

La muger andrajosa acabó por dormitar sentada. Así pasó algunas horas hasta que salió de allí para volver en seguida, ofreciendo á Margarita algunas tortillas.

Margarita, á pesar de no haber comido casi nada en todo el dia, no sentia hambre, asi es que finjió aceptar el obsequio para no desairar á aquella muger, en quien comenzaba á ver algo que la hacia sospechar haber caido en una nueva red.

A poco se acabó la vela de sebo y la muger recostada á los piés de Margarita, roncaba de una manera estrepitosa.

Margarita se entregó de nuevo á sus reflecciones.

CAPILLA ALFONSINA

Estaba sola en el mundo.

Nada es mas pavoroso que el aislamiento moral.

El ser humano, esencialmente sociable, se encuentra rodeado de un vacio aterrador cuando vuelve en torno de sí la mirada sin encontrar otra mirada amiga.

Vivir solo en el mundo: he aquí uno de los horizontes negros del espíritu humano.

La planta rodea su ser de ciertos elementos homogéneos que constituyen su existencia siempre laboriosa, siempre anhelante, por que el anhelo es el elemento incorpóreo de la vida.

Los jugos, el aire, el calor, la luz, la electricidad, son en la planta el trabajo, la aspiracion el deseo, el sentimiento y la vida.

Esta planta humana, que vive, que siente, y que piensa y que se llama el hombre, necesita tambien como las otras plantas para su ser moral: por calor el cariño, por luz la esperanza, por electricidad el sentimiento y por jugo la fé.

Margarita era una planta muerta.

Su cariño era la dolorosa llaga de un desengaño. En la borrasca de sus sentimientos acababa de aparecer el horizonte ceniciento y pesado de su atonía. Su fé perdida se doblegaba ante su fé religiosa, decaida y débil.

Buscaba no obstante la luz de su esperanza en los celajes de su fantasía, y negras tinieblas en derredor estendian á sus piés los abismos del infinito y de la duda.

Si la esperanza, virtud consoladora, no hubiera nacido en la hora sublime de la redencion humana, si esa áncora deseada no fuera la invencible antorcha de un ángel del Señor que alumbra la tribulacion y los dolores, el hombre, á imitacion

del ángel caido, secundaría el grito del réprobo para romper con su existencia; pero esa luz divina cuyos reflejos doran el borde de las tumbas y cuyos efluvios engendran la sonrisa de los mártires, era la única estrella del cielo de Margarita.

Esperaba. ¡Esperar entonces! ¡esperar como la hoja arrancada del tallo! ¡esperar sola enmedio del mundo! ¿Quién podría socorrerla? ¿á quién volvería los ojos? Ella no lo sabia; pero esperaba.

El negro mar de la tribulacion sacudia en su torno sus olas encrespadas: abismos, dudas y congojas en el gotear de una herida incurable.

Nada hácia delante.

Sus sollozos eran las últimas emanaciones de su pasado.

Las tinieblas eran su presente.

Nadie la amaba. Su hermosura adunada con la languidez del sufrimiento, formaba por desgracia en el mundo, una de esas ironias aterradoras que hielan de espanto al pensador.

La hermosura enlazada con la desgracia, es una palmadita dada en el hombro del libertino.

Es un sarcástico ofrecimiento del destino.

La hermosura se convierte en un castigo y la desgracia en una provocacion.

¡Extraño consórcio que lanza á la prostitucion tantas mugeres!

¡Extraña índole del hombre que se doblega ante la hermosura desvergonzada y sacrifica á la hermosura dolorida!

El mundo, por una série de contradicciones y contrastes, se ufana abriendo la sentina á la castidad, se regocija de lanzar á la crápula á la que ayer fué pura.

La prostitucion se sácia de estos hallazgos. La miseria y el

abandono son una pendiente resbaladiza á cuyos pies está la vorágine de la deshonra.

Ascender en esa pendiente para salvarse del abismo, es una prerrogativa de las almas grandes.

¡Cuántas mugeres Sísifos ruedan despues de larga lucha con la piedra de su desgracia!

La de Margarita era pesada. ¿Que sería de ella? El abismo estaba á sus piés y no habia en el mundo una mano protectora que la salvara.

Margarita dudó, luego pensó hasta llorar.

Cuando ya no tuvo lágrimas, tuvo oraciones. Despues tuvo esperanzas.

El dia la sorprendió despierta. El dia habia amanecido hermoso y despejado, pero en el alma de Margarita habia las mismas nubes que en la noche de su triste vigilia.

CAPITULO IV.

A DESESPERADOS MALES DESESPERADOS REMEDIOS.

Estaban Quintero y Blanco á la sazon sintiendo el aislamiento moral; solo que en el alma de estos hombres se producian distintas elucubraciones.

Habian llegado á una situacion escepcional y desesperada.

En los hombres gastados y criminales existe, como en los demas, la intuicion del honor.

Para Quintero y para Blanco tenía tanto valor el compromiso contraido como para el mas íntegro y honrado de los hombres.

—Es un punto de honor, se decian mútuamente, con una formalidad diabólica.

CAPILLA ALFONSINA

Ante esa exijencia los medios eran solo una forma; poco importaba clasificarla. Se necesitaban medios y todos eran buenos.

La imprescindible necesidad de tres mil pesos ponia á estos hombres en la situacion del hambriento de varios dias que recurre á todo para no morirse de hambre.

No habia en su imaginacion, en su corazon, y en su conciencia mas que un guarismo. Tres mil pesos.

La tiranía de esta cifra los amenazaba instante por instante.

Tambien estos hombres volvian la mirada á todas partes sin encontrar, como Margarita, otra mirada amiga; porque la única mirada y la única amistad aceptable era la cifra.

—Confesemos paladinamente á Don Manuel, decia Blanco, que no tenemos tres mil pesos, inventaremos una fábula mientras nos damos tiempo de dar un golpe seguro; el de Azcoiti por ejemplo.

—Nó, contestaba Quintero. Si no pagamos hoy ni llevamos los pendientes, caemos de nuestro pedestal y ¡adios Catalina!

—Y ¡adios Plácida! interrumpió Blanco.

—Y no nos recibirán mañana.

—¡Y todo por tres mil pesos! Despues de todo dice bien Aldama: el ladron no es mas que el distribuidor social. He aquí una cosa injusta: ¡cuántos en estos momentos ni aun se acuerdan de que les sobran tres mil, diez, veinte mil pesos, cuando nosotros dariamos nuestra vida por tres mil!

—¡Dejar de ver á Plácida!

—Y verla en poder de otro, que es lo peor.

—Es necesario conseguir el dinero.

—Pero la hora se acerca.

—Pensemos en algo de provecho.

—Me ocurre una idea.

—¿Cual?

—Escribiremos una esquela.

—¿A quién?

—A Don Manuel.

—¿Y qué le diremos?

—Que un negocio urgente con el Virey ó con el el Arzobispo ó con cualquiera, nos priva del placer de llevar personalmente el dinero.

—Y que no queremos enviarlo con el criado.

—Eso es; que no queremos enviarlo por temor de un percance.

—Que tenemos motivos para desconfiar de nuestros criados por que ya nos han robado.

—Eso es, y ganamos tiempo.

—Sí, al menos ganaremos tiempo, que es lo que importa.

—Pues vamos.

—Vamos.

—A una tienda.

—A cualquier parte.

—Aquí.

—Entremos.

Y Quintero y Blanco entraron á una tienda de la Calle del Seminario.

—Bien venido, paisano, dijo el tendero á Don Baltasar.

—Buenos dias. Deme usted papel y tintero.

—Pueden pasar al escritorio.

—Arreglados.

CAPILLA ALFONSINA

Y el tendero levantó la tapa del mostrador y abrió la puertecilla.

Quintero escribió en el escritorio de la tienda una esquela concebida en estos términos.

"Señor Don Manuel de la Rosa.

Casa de usted y Octubre 21 de 1789.

Muy Señor mio y mi dueño.

Ponemos á usted estos renglones para pedirle nos dispense al Señor Blanco y á mí de no pasar en el acto á entregarle el dinero de anoche, pero hemos tenido que dejarlo en depósito en la tienda mientras ocurrimos al llamado.....

—Del Exelentisimo Señor Virey, interrumpió Blanco que veia sobre el hombro lo que escribia Quintero.

"del Exelentísimo Señor Virey" escribió Quintero. "Tan luego como salgamos de Palacio serán con usted nuestro amigo Blanco y quien se repite su criado y servidor que atentamente

L. B. SS. MM.

Baltasar Dávila y Quintero."

Escribió el sobrescrito y envió la carta con el criado de la tienda á la casa del Puente de la Mariscala.

Saliéron de la tienda.

—¿Y ahora qué hacemos? peguntó Quintero.

—Es indispensable ver á Aldama.

—No transijirá.

—Es necesario tener calma, porque lo primero es el dinero.

—Es cierto,

—¿Y el duelo?

—Una de dos, ó Aldama prescinde ó se baten. Si usted muere ó sale herido, ya tenemos cuando menos un buen pretesto

para no pagar hoy el dinero.

—El pretesto no me hace maldita la gracia.

—Ni á mí tampoco; pero á desesperados males desesperados remedios

—Tambien es cierto.

—Me adelantaré á ver á Aldama, continuó Blanco, esploraré el terreno, veré como está su ánimo y en seguida llega usted y se arreglan.

—¿Pero en donde estará Aldama?

—Le dejamos en casa de la Tia Teodora.

—Pero tal vez ya no esté allí.

—Pues hay que buscarlo en varias partes.

—En primer lugar en casa de Teodora.

—Despues en casa de mi Tia en el Salto del agua.

—En seguida en la Alcaicería.

—Y por último en casa de Margarita.

—¡Margarita! esclamó Quintero ¡Margarita, que se me ha escapado!

—No hay que andarse con esclamaciones: el tiempo vuela.

—Queda convenído el itinerario.

—Teodora, la Tia, La Alcaicería y Margarita: por su órden.

—Es necesario andar todo México.

—Pero al fin llegaremos.

—¡Arreglado, por los cuernos de Satanás! En marcha.

Y Blanco echó á andar con direccion á San Lázaro para tomar hácia la Candelaria de los patos.

Quintero se quedó un tanto pensativo, procurando combinar el tiempo lo mejor que pudiera. Avanzó algunos pasos

CAPILLA ALFONSINA

hácia la plaza y un hombre medio encubierto con una sábana le salió al encuentro.

—Ya el amo no me conoce, dijo el de la sábana. Quintero preocupado se desvió del importuno y continuó su marcha.

—Ya el amo no me habla, dijo en voz mas fuerte el de la sábana.

Quintero no lo oia.

—No me habla desde anoche.

Esta palabra mas en analogia con los pensamientos de Quintero lo sacó de su abstracion y dirijió la vista al que le hablaba.

—¿Eres tú, maldito?

—Sí, amo yo soy, en persona; el Lobo para servir á su merced.

—¿Qué hiciste anoche, bandido?

—No se moleste el amito.

—Habla.

—Muy poco á poquito, mi amo, que tengo que decirle....

—¡Habla, por los cuernos de Satanás!

—¿Está muy rico su merced?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por que hay negocios para los que se necesita dinero.

—¿Qué negocio es ese?

—Es mi secreto, mi amo.

—Será un negocio que desempeñes tan bien como el de anoche, que te perdiste á lo mejor del cuento; ya se vé, hice la tontera de pagarte anticipado y me burlaste como á un chico.

—Pero no será la última, mi amito.

—¿Qué no será la ultima?

—Yo sé lo que me digo; y si quiere saber algo mejor que eso, hemos de hablar como buenos amigos, patroncito.

—No me faltaba mas que esto; no estoy para conversaciones.

—Si su merced no quiere que yo le hable por que se desdeñe de andar de dia con los pobres, qué hemos de hacer.

—¿Sabes que estas misterioso é incomprensible?

—Es porque su merced no me quiere comprender.

—Habla por fin, ¡Lobo maldito!

—¿Está su merced muy rico?

—Nó hombre, no estoy rico, al contrario ando buscando dinero.

—Yo tambien, patroncito, y lo siento por su merced.

—¿Pues qué vendes?

—Vendo una alhaja muy barata.

—Para alhajas estoy.

—¿No me la compra su merced?

—Nó.

—Piénselo bien el patroncito.

—No, no compro alhajas; necesito dinero.

—¡Cuánto lo vá á sentir mi patroncito! y dígame su merced, ¿el patron Aldama tendrá dinero?

—No sé.

—Yo sé que tiene muchas onzas y ya le he dicho á su merced que necesito yo tambien dinero; y si no lo saco de esta vez dejo de ser Lobo. ¿Con que no hay dinero?

—Has amanecido pesado.

—He amanecido de fortuna.

—¿Sí?

CAPILLA ALFONSINA

—Voy á vender al patron Aldama esa prenda por la que pido mil pesos; y ó me los dan por ella ó no la entrego.

—Quieres acabar por fin, pillo, ¿qué prenda es esa?

—Es una prenda que si su merced tuviera dinero me daría los mil pesos.

—Quita allá con tus prendas, que ya me cansas.

Y Quintero desviándose del Lobo apresuró el paso.

Pero no habia andado mucho cuando oyó al Lobo que decia á su espalda.

—Se llama Margarita.

Quintero se paró como petrificado.

—¡Qué estas diciendo!

—La verdad.

—Habla.

—Yo tengo á esa niña.

—Mientes.

—Entonces, adios patron.

—Oye.

—Mande su merced.

—¿En donde está?

—No soy tan bobo de decirlo á su merced.

—Dímelo malvado, dijo Quintero, tomando del puño al Lobo.

—Si empieza su merced por incomodarse no haremos trato nunca. ¿Quiere su merced ver á esa Margarita?

—Si que quiero.

—Le cuesta á su merced mil pesos.

—Estás loco.

—Nunca he estado mas cuerdo.

—Tu te chanceas.

—Nunca he estado mas formal.

—Harás que pierda la paciencia.

—Y lo sentiré; por que así no podrá oirme su merced, y le importa.

—Ya te escucho.

—Así me gusta mi amo. Anoche seguiamos á sus mercedes Chicas-corbas y yó: sus mercedes se empeñaron en medio del aguacero en que les abrieran la puerta, y no oyeron que les gritabamos que no estaba lejos un portal. Chicas-corbas se fué por su lado á buscar abrigo, pero yo me quedé en el portal. Allí oí los gritos y despues los tiros, y como conozco la casa, tomé la retaguardia, amarré mi caballo en un maguey y me metí al corral por la puerta del campo con mi cuchillo en la mano: desde allí podia yo ser mas util, ó para atacar, ó para salvar á sus mercedes, si ya estaban adentro. Iba ya por la mitad del corral, que por mas señas estaba atascoso, cuando oigo una voz que decia "por aquí Dolores"....conocí á la Señorita, y como ella no me conoce, le dije "por aquí Señorita" por aquí está la salida: y la muy inocente se dejó llevar de tan asustada que estaba. La monté en mi caballo y....piés para qué os quiero.

—¿Y Chicas-corbas?

—De nadie he vuelto á saber.

—¿Con que tú la tienes?

—Sí patrocito.

—¡Y la vendes!

—Por mil pesos nada mas. Por que me he dicho: supuesto que la suerte te ha ayudado, Lobo desgraciado, ten presente, que la ocacion la pintan calva, y como mis patrones son ricos, ó mi amo Quintero, ó mi amo Aldama me dan mil

duros para largarme á mi tierra á poner una tienda ó comprar unos magueyes y dejar la mala vida. Dios me ha tentado el corazon para que mis amos me quiten de penar. Con que patroncito, si su merced está pobre, mi patron Aldama me dará los mil pesos.

—No harás tal.

—¿Qué no haré tal?

—Te denuncio.

—Y yo denuncio á su merced de muchas cosas que le sé, y nos ahorcan á los dos.

—Dame un plazo.

—Hoy necesito el dinero.

—Hoy no puedo, mañana.

—Entonces veo al Señor Aldama.

—Pues no verás á nadie, maldito, por que te seguiré por todas partes.

—¿Para qué?

—Para que no veas á Aldama y para quitarte á Margarita.

—Eso es muy dificil, por que aunque se muera de hambre la pobrecita no voy á verla para que no me pille su merced.

—Lobo condenado me estas atormentando.

—Hay veces que á los pobres nos toca la vez de atormentar á los ricos.

—Pues hagamos un convenio.

—¿Cual?

—En primer lugar, bájame el precio.

—Ni un real.

—Te firmaré un pagaré.

—La firma de su merced no la admiten en el comercio.

—¡Deslenguado!

—Es la verdad, amito.

—Fíjame una hora para entregarte el dinero.

—Eso es ya otra cosa. A las doce.

—A las seis de la tarde.

—Es muy tarde.

—A las cinco.

—Sea á las cinco, por no disputar con su merced.

—A las cinco en mi casa.

—No faltaré.

Quintero siguió andando separado del Lobo pero á pocos pasos oyó á éste que le decia:

—Amo.

—¿Otra vez?

—Voy á dar á mi amo otra noticia.

—¿Cual?

—La Dolores, criada de la Señorita, está presa en palacio, la trajo el Alcalde de Tacuba y ya el Virey lo sabe todo.

Quintero se puso horriblemente pálido, estuvo á punto de caer desvanecido como si hubiera recibido un golpe en el estómago. Algo profundamente amargo pasó por su imajinacion.

———

CAPILLA ALFONSINA